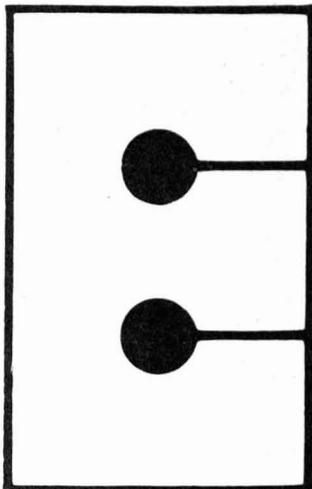


**GERRIT
KROL**



**L
CHOFER
SE
ABURRE**
(Fragmento)

1.1

El hombre de hoy. Sentado completamente frente a su televisión, y con esto quiero decir no la televisión vespertina, sino la del día. Su trabajo. Sus afanes y la imagen que él tiene del mundo, o sea: su propio mundo.

Por primera vez en la historia le es posible reflexionar sobre los acontecimientos públicos del mismo modo que reflexiona sobre sus asuntos personales: (a) porque la exactitud de sus métodos se lo permite y (b) porque él está solo. El hombre, pues, ya no es masa, y todos los oradores que necesitan oír las ovaciones de una multitud para saber si tienen razón (véase el mecanismo para ello en la pág. 49), todos pueden mejor regresar a casa y comenzar a estudiar una carrera diferente.

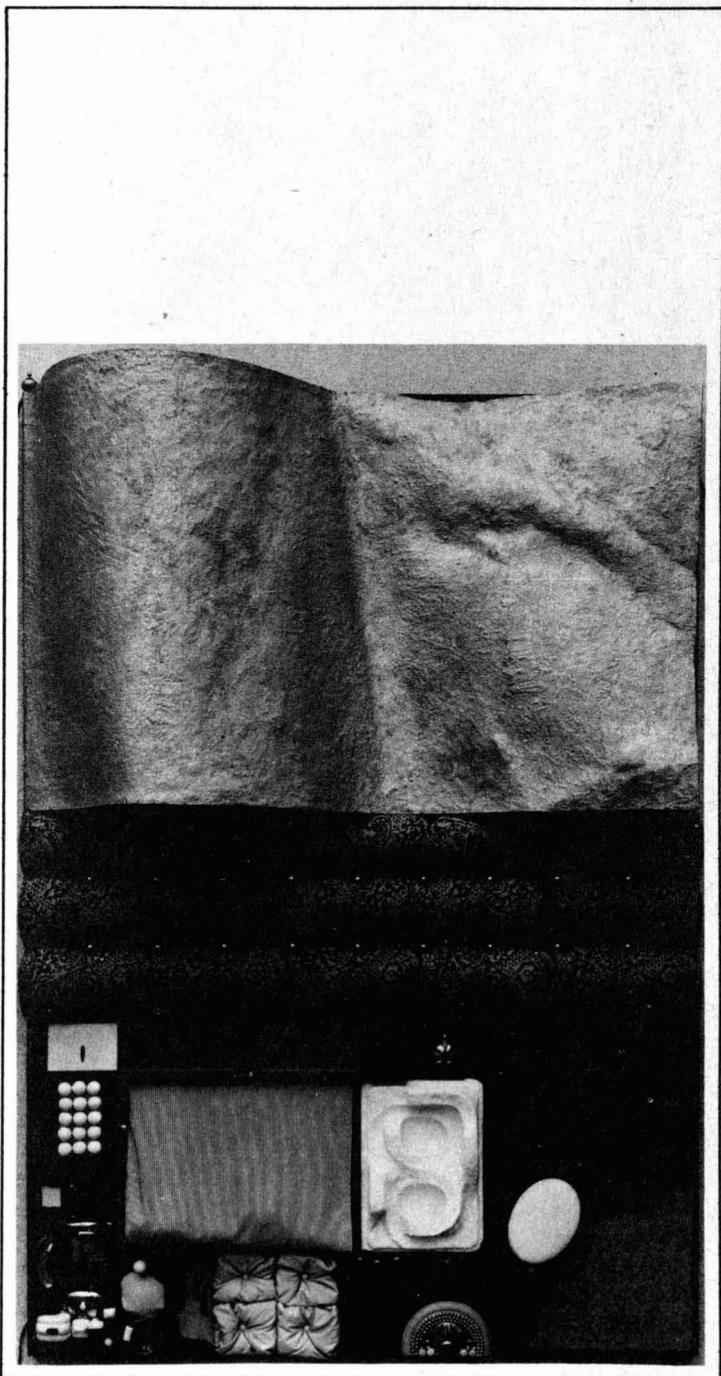
Lo que sucede en la actualidad, sucede en la mente de cada uno de nosotros respectivamente y, lo que debe hacerse, eso lo he explicado ya en la pág. 23, y especialmente cómo cada uno de nosotros puede dar a conocer sus deseos apoyando el botón. Si dicho sistema existe y esta palabra puede despertar deseos, entonces todo esto se vuelve facilísimo y superjustificado. Por ejemplo, se justifica el registrar cuantas veces el deseo de alguien que no ha sido satisfecho y el darle satisfacción (Art. X, Código de la Compensación, Siglo XXI.) Así funciona el mundo de mañana.

Todo esto andaba yo pensando a las doce del día mientras caminaba por el Badhuisweg, dichoso en el sol —a lo largo del agua quieta donde, en un rincón, flotaban centenas de condones usados que la corriente había arrastrado hasta allí—, feliz simplemente porque existía y al parecer tenía, como todos los otros hombres, el derecho de cambiar, la posibilidad de dirigir mi vida según mis propios fines.

Un poco después estoy tendido a un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la superficie del agua: sobre una pendiente empinada y cubierta de pasto desde la que contemplo los barrios obreros de Volewijk y sueño. Me refiero al Noordhollands Kanaal, el terreno junto a las esclusas, por donde ahora pasa, abajo, el túnel del IJ. Un día espléndido, en que se podía percibir el mundo con toda claridad.

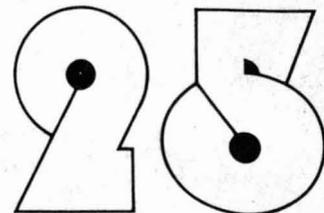
De regreso a los flamantes laboratorios, las ganas de trabajar nunca llegan demasiado tarde. Los tiernos arbolillos al borde del sendero que lleva a la cafetería nueva, un mediodía del pasado lejano —los arbolillos han crecido mucho, ahora cubren ese mismo sendero con su follaje enorme; bajo ellos se apresuran los prometedores jóvenes universitarios camino del trabajo, de su escritorio tras el que volverán a pasar la tarde entera. Las manos con los dedos extendidos entre las rodillas o entrelazadas en la nuca, así ve al mundo el investigador: lo acosan las preguntas y tal vez una vez, al año, una tarde —un viso de respuesta.

Un viso de la falda de Maria, mientras se ocupa de la ropa. Está



Wim Schippers

Gerrit Krol (1934) ■ Autor de las novelas *El mal de Middleton (1969)* y *El último invierno (1970)*. Su obra incluye también varios libros de poesía.





Pyke Koch

tendiendo toallas. Pero no es eso lo que miro. Miro otra cosa. Tela para cortinas en la cocina (con cuadros rojos y blancos). Maria hizo una falda con ella. Y, mientras la miro, escribo: *esos cuadros dejan ver al fin qué redonda es allí.*

Y mientras cuelga la ropa, decido que no es necesario trabajar tanto. Y cuando ella entra, la acaricio, me pongo la redondeada cortina sobre las piernas y se lo digo. Digo, ya no tienes que trabajar. Ella dice que estoy loco, que necesita más dinero y que por tanto... Yo digo y lo digo filosóficamente: que todo el trabajo está ya hecho.

El círculo está cerrado. En periódicos de ofertas de empleo e igualmente en folletos hay a menudo un mismo tipo de foto: un aparato (medidor de alta presión, espectrógrafo) y ante él un hombre que observa con rostro atento y que eventualmente maneja el aparato. Un químico que saca su pipeta del líquido. Cabeza distinguida. Dedicación.

Hoy he escuchado una conferencia, y visto *viewgraphs* de un tal Mr. Valentine, venido de los USA, para mostrarnos cómo funciona una *visual display unit* y cómo dando una señal se puede corregir la información que aparece en la pantalla. Se puede indicar al sistema de información lo que debe hacer haciendo lo que éste

espera que uno haga y el sistema lo hará por uno.

El depósito del w.c. que usted vacía vuelve a llenarse de agua, automáticamente, pero del mismo modo automático el depósito no desborda, porque el flotador, balanceándose sobre el agua que entra, se encargará al final de que ya no entre más agua —un ejemplo de equilibrio restablecido de un modo absolutamente automático. El perturbador de dicho equilibrio no tiene que ocuparse de ello, hace ya tiempo que está sentado de nuevo en su cuarto.

Este mundo en constante restablecimiento, cuyo automatismo debe tranquilizarnos, sobre todo cuando imaginamos lo que representa la figura de al lado: un hombre que se ha colocado frente a la *visual display unit*, la cual le informará de todo lo que no esté en orden. El hombre está sentado allí y no tiene más que dar una señal para indicar cómo puede restablecerse el orden.

La imagen corresponde además exactamente a la del químico sacando su pipeta del líquido y por eso, hagamos lo que hagamos, todos podemos ser representados en nuestra actividad como el hombre que, sentado ante el monitor de su propio entendimiento ilustrado, se ocupa de (a) que nadie la pase peor que ayer y de (b) que nadie la pase peor que otro. Con esto quedan satisfactoriamente

te definidas la función y la responsabilidad de cada uno de nosotros.

He explicado esto a mi jefe, que me preguntó si le permitía suponer que yo me aburría.

En la noche, de prisa por la animada ciudad entre los coches y los tranvías hacia mi casa, mi casa que se llamaba Maria. Maria Schepers que me quería, me cuidaba, me llamaba su "erudito esposo" y además había puesto en otra vida todas las esperanzas sin las que no le era posible vivir.

1.2

Esa misma primavera fuimos a Texel, donde dormíamos en una caravana y en el día nos tendíamos en las dunas. Maria desnuda, para broncearse. Pero no se bronceó, siguió blanca. Y así, con la carne de gallina por el frío, me reprochó que siempre pensara sólo en mí y que yo debería ocuparme más de mi apariencia. Protesté, pero desde ese día me dejé el bigote.

Claro que yo tampoco era feliz. Lo que quería era:

Ver palmeras por una vez.

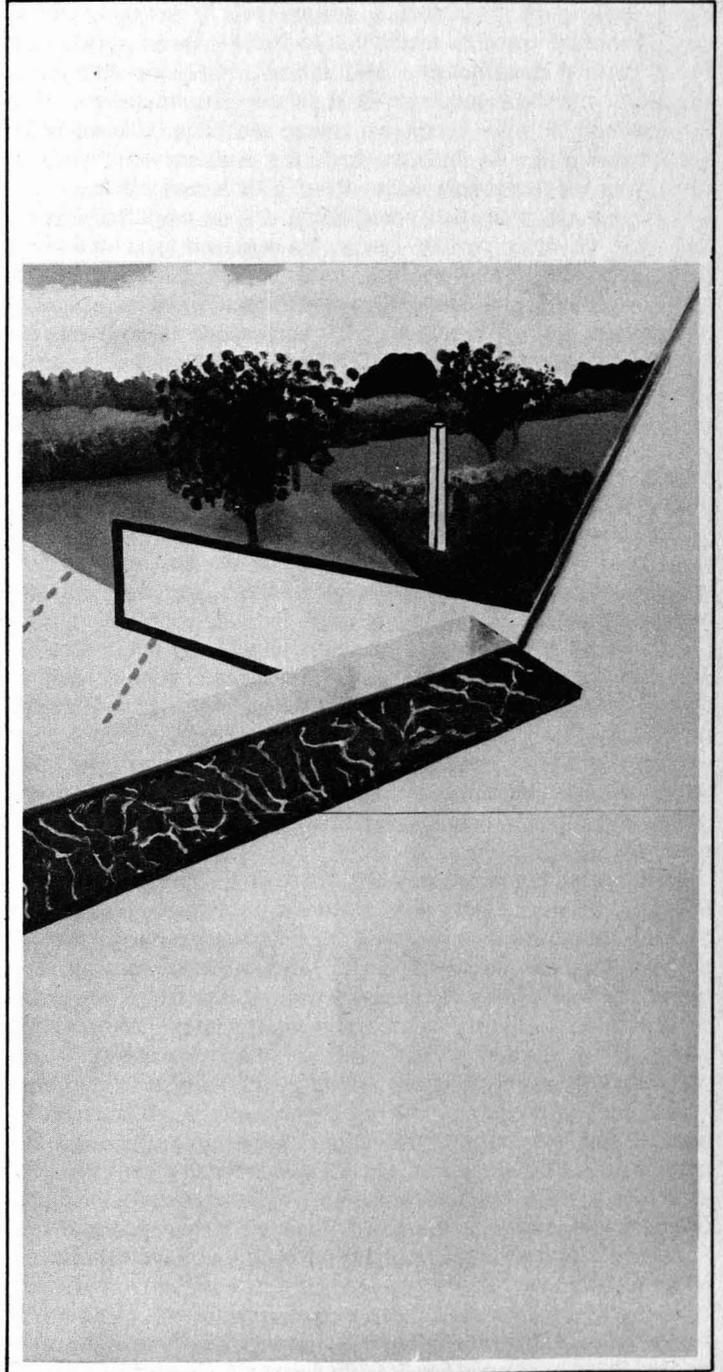
Acostarme con otra mujer.

Sentarme junto al Noordhollands Kanaal más de un cuarto de hora.

¡No por nada tenía mis mejores ideas en la pausa del almuerzo! Maria quería ir al Japón. Yo quería dejar el laboratorio y luego ir a Indonesia. Ah, si hubiéramos nacido cincuenta años antes, entonces nos habríamos ido simplemente a las Indias. Las Indias Neerlandesas: un portón para entrar como un señor. Empleo: Funcionario. En una casa de madera amarillo claro con columnas de madera a ambos lados de la entrada. Vestido con un traje blanco. E igual de blanco es el papel, con el nombre de Guillermina impreso, sobre el que se registra la producción diaria de café y de té, con una pluma bañada en tinta. A la una los libros son cerrados y uno es transportado a casa en un carruaje por una avenida de cocoteros de profuso follaje. Quietud. El pasto es verde tierno y está cortado. Lo que se oye son las cigarras.

No, medio siglo más tarde, una calle en el barrio Nieuw West. Un papagayo disecado frente a la ventana. Maria que, como nunca hay bastante dinero, va a trabajar cada vez con más frecuencia. Pleito, porque nada cambia. Solicitud para el Instituto de Mejoramiento del Medio Ambiente, porque éste quedaba más cerca de la casa. Además, me parecía *útil*. Solicitud para la Universidad, visita a la Dra. B. de lógica (fem. de lógico) acompañado de mi propia lógica, contenida en un ensayo, que ella había leído y que tenía frente a los ojos. Dio un golpe sobre él con el dorso de la mano porque yo había escrito *pe* y *qu* donde la notación en boga prescribe *u* y *ve*. He allí la causa de su enfado. Y eso era un científico. Contento de estar afuera de nuevo.

Fue en esta época que salí una vez con Hilde. Ya he contado



Roger Raveel



cómo siempre pasaba frente a nuestra casa y saludaba con la mano. Saludaba como las muchachas lo hacen a veces: agitando los dedos como si castañetearan. "Muy mona", decía mi madre, y con eso quería decir: una mujercita ideal para el gran artista de su hijo. Esto mereció siempre burlas tan duras, aún después de mi boda, que en momentos de duda me inclinaba a pensar que ella tenía razón. Una vez que volví a dudar, llamé a Hilde por teléfono.

Y el que ella prometiera venir, Hilde, así, sin preguntar primero toda clase de cosas, probaba que ya en aquel entonces tal vez nos hubiéramos entendido muy bien, y al caminar a su lado volví a pensarlo. Yo, el grande, supuestamente torpe. Con Hilde a mi lado, me reduzco hasta volverme un hombre que algo tiene de niño, y no voluntariamente; es Hilde quien lo hace. Con su andar vivaracho, sus pechos trémulos, ella sabía exactamente lo que quería y lo que iba a suceder; y el que fuera una mujer casada y muy feliz con su marido, hacía la situación aún más extraña. ¿Tal vez porque yo pensaba que muy bien podía enamorarme de Hilde, ahora que era tan inalcanzable?

"Cuidado, jovencito."

Creyó necesario prevenirme. Entre tanto, instalados en una recámara estupenda en Zandvoort, con vista al mar, nos habíamos besado largamente. ¿Cuidado con qué?

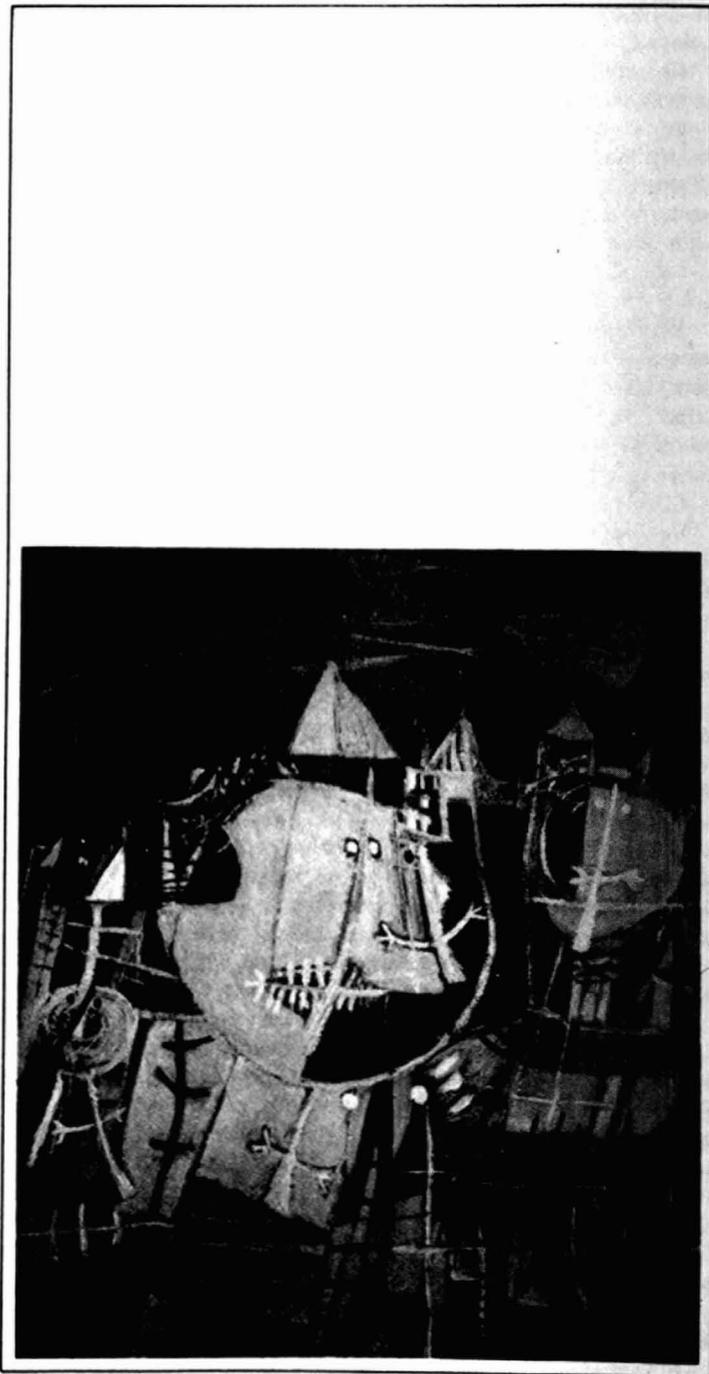
"¿Por que ibas a querer quedarte conmigo?", preguntó. Yo dije: "porque los dos admiramos la seguridad del otro, pero no su libertad". Quería decir que tal vez ella me dominaría. Me daría envidia.

Me veo obligado ahora a hacer la pregunta siguiente: ¿Qué valor tenía mi amor por María y eventualmente por Hilde? Sé lo que quiero decir cuando digo valor, pero parece que no sé lo que es el amor.

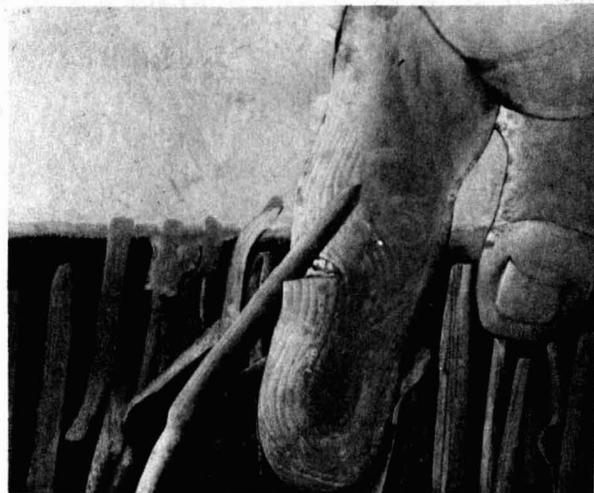
Se lo pregunto un poco más tarde a Hilde, mientras estamos sentados frente a la chimenea crepitante, en el hotel. Me reprocha que use una palabra dura para las múltiples suavidades que ella *siente*. Pues que las nombre. Yo quiero saber de qué está hablando. "No", dice, "si sintieras lo que yo siento, no serían necesarias las palabras. Se toma uno de la mano y con eso sabe uno más de lo que se puede decir en muchos años. Es tan maravilloso leer en los ojos del otro lo que uno siente".

Así que ella lo sentía, pero no me permitía que la mirara a los ojos, pues, cuando hubo llegado el gran momento y ella, rodeándome el cuello con sus brazos, se dejó caer hacia atrás —cerró los ojos... Y de esto se infiere, según yo, exactamente lo que le había dicho: la seguridad de mi cuerpo, ésa sí la quería, ésa era su felicidad, pero no la debilidad de mi espíritu (mis ojos), ésta no podía mirarla.

La llevé en mi auto al pueblo donde vivía, de regreso a su marido de ideas amplias. Nos despedimos. Caminó en dirección a su casa bajo los árboles en flor. La seguí con la vista todavía un



Corneille



Westerik, co

rato para ver cómo caminaba: la muchacha que yo conocí. Colgando al hombro la cesta en que descansaba su brazo doblado. Vi cómo ella llegaba al final de la calle. Y no me volví más.

Regresé a Amsterdam y en el café "Noord-en Zuidhollands", ahora demolido, con la vista fija en la animada superficie del agua, pude pensar entre tanto en el hecho irrefutable de que yo había estado en la cama con otra mujer y que me había gustado, complacerme además en la ideas de que había sido una *mujer*, es decir, una mujer que no iría a la cama en seguida con cualquier hombre; ella no hacía falta.

Martes. Hay actualmente de esas gráficas que muestran cómo la categoría de una persona es el producto de tres factores: su trabajo, el dinero que gana y la utilidad de dicho trabajo para sus semejantes. Lo que la gráfica no muestra nunca es el factor número cuatro o más bien cero: la categoría en que uno se encuentra ya.

Por ejemplo: la Familia Real. Segundo ejemplo: yo mismo. Ni el trabajo que hacía, ni el dinero que así ganaba, ni su utilidad, determinaban la categoría en que yo vivía, sino solamente la categoría que poseía al nacer, igual que la reina en su limousine negra. Inamovible.

A falta de casa se duerme afuera, en el pasto. Con un topo debajo que lo lleva a uno sobre los hombros y rodeado de otras bestezuelas. Uno es igualmente un animal, ésa es la razón, por eso ellos no salen huyendo. Cuando uno despierta y el sol ha salido ya, es una experiencia espléndida.

Si por el contrario hace frío y hay ráfagas de nieve en el parque, entonces uno no se acuesta allí. Entonces se duerme, si no se tiene casa, en una posada o, durante el día, en la sala de espera de una estación. Si un día lo hace usted en vez de leer acerca de ello, notará que no puede hacer lo que quiere. Depende en gran parte de las gentes que lo rodean, en una sala de espera, lo que es un fastidio porque esas gentes están por lo mismo menos inclinadas a ayudarlo a usted. Pero se me ocurre esta pregunta, mientras, bien acomodado en mi casa, miro hacia afuera: ¿por qué tampoco aquí tengo paz?

Gloria. Gloria alaluya, canto. De: *Songs of the North and South*, 1865.

Baldosas que se secan después de la lluvia. Cubos de basura bien cerrados bordean la escalinata. Símbolos perennes del mundo pulcro en que vivimos. Con que haga usted como está escrito. Cada persona su casa = la propiedad que gana = la posibilidad que tiene de cambiar = sus limitaciones igualmente = la multa que paga si transgrede los límites. Menos dinero, menos placer, amputar una parte de sí mismo. Casi como se trata el cáncer: humano.

No obstante. Si usa usted una p en lugar de otra letra, no lo comprenden ya y golpean con el dorso de la mano. Maria estaba sentada con las piernas dobladas sobre el marco de la ventana y se

llevaba el dorso de la mano contra la boca, para encubrir sus bestezos.

"Sol, oh sol, quisiera que brillaras otra vez."

Ella quería ir al Japón. Y como yo no había logrado crear para mí mismo un ambiente bueno, propicio para la vida, y como tampoco sabía qué otra cosa podía hacer, qué pasaba —era yo un hombre insatisfecho. Hay —sí, me estaba volviendo un hombre insatisfecho. Hay una foto mía de ese tiempo. Riendo con la mano en la suya, en el balconcito. Sí, cómo reía yo.

Maria y yo éramos tan diferentes, esto se hacía evidente sobre todo por los amigos que teníamos. Por eso, si peléabamos, era sobre todo por esos amigos nuestros que no podíamos soportar. (Otra razón más para irse.)

Surinam. Era lo más sencillo en esos años. Por otro lado, yo quería ir al Africa. Negros. Trabajar y cambiar en el campo entre los negros, pues eso es lo que yo andaba buscando: cambiar.

1.3

Fue en una tranquila mañana de septiembre que me dirigí a la Oficina Central en La Haya. Maria me acompañó, creí que sería divertido para ella. Así podía participar por una vez en el interesante trabajo de su marido. Emocionante. Tan emocionante, que en todo el viaje estuvo sentada con los brazos cruzados y no pudo pronunciar palabra, sólo reír nerviosamente cuando yo la miraba.

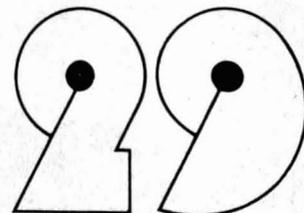
La mandé con su tía de la Zeestraat y pasé el resto del día en la Oficina Central. Allí, sentado frente a mi más alto jefe, me enteré al fin de lo que yo valía.

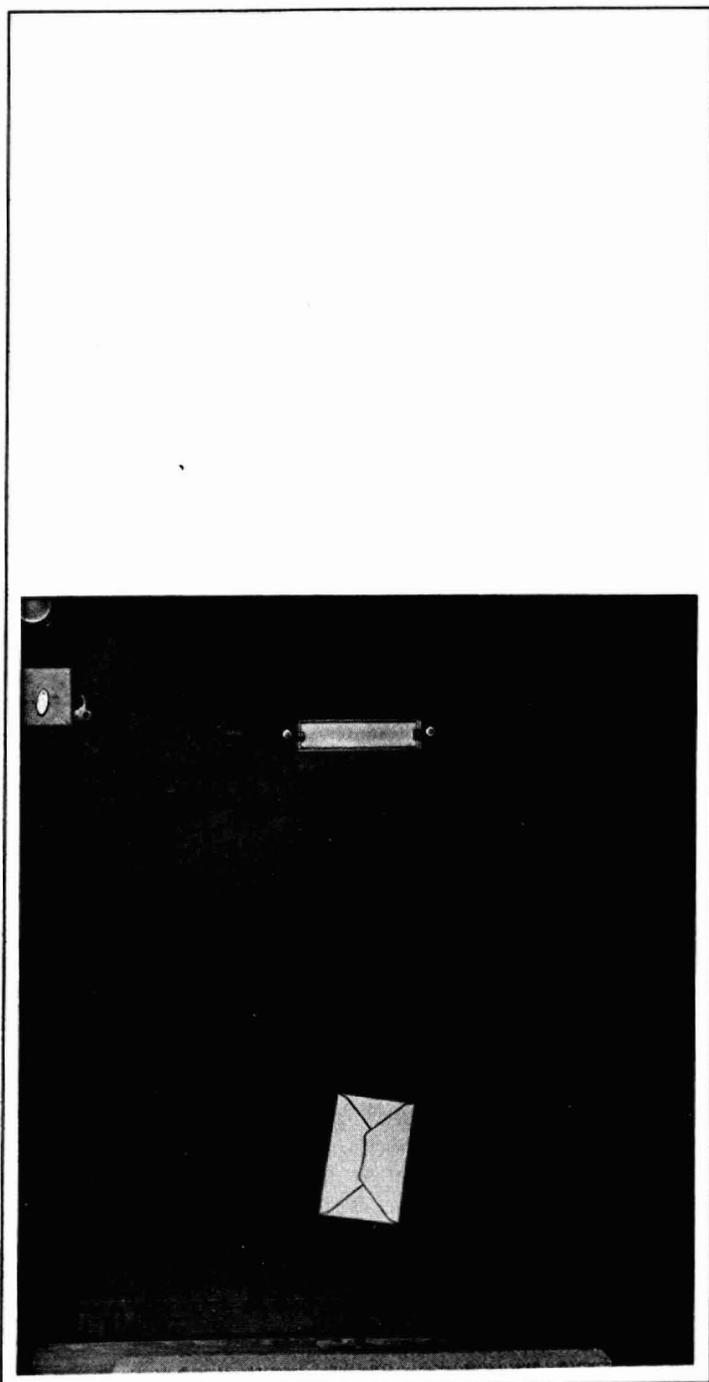
Me enteré de cuál sería mi función allí. Formaría parte de un equipo directivo, eso era precisamente lo que yo quería, cualquiera que fuera el equipo directivo, y haría esto, y haría lo de más allá —eran tantas noticias juntas que el resto del día lo pasé como en una embriaguez. Estuve ante el doctor con el brazo extendido para que me pusieran mis inyecciones, pensé que hubiera podido traer de una vez a Maria, visité a un número de colegas que conocía y que ahora de pronto se habían vuelto a mis ojos gentes completamente diferentes, empequeñecidos, almorcé solo y en la tarde reservé en la sección de boletos dos asientos en el avión que salía para Roma el 5 de octubre a las 10 de la mañana.

Cuando salí de nuevo a la calle brillaba el sol en el oeste. Tomé el tranvía para la Zeestraat, donde Maria estaba esperando. Pero no fui a la Zeestraat, me pasé de largo. Quería estar solo unas horas más. Caminé por la Dennenstraat, a lo largo de las verdulerías, los olores de coles y pescado.

¡Dichoso, familiar mundo en el que yo funcionaba! Por primera vez en mi vida sabía lo que iba a hacer y experimentaba esto así: ser exactamente como otras gentes.

Pasé a un lado del ministerio de asuntos exteriores, del que





Henneman

salía un hombre, con una pequeña maleta, tenía prisa, llamó un taxi para el aeropuerto de Schiphol.

Yo me parecía a él. Y me parecía al hombre que tres minutos más tarde me servía un vaso de cerveza. Había entrado en un restaurant. Bebí una cerveza como otras gentes beben una cerveza. Índice y pulgar sujetan el borde inferior del vaso, el meñique en el espacio.

Que venga lo que viniere
voy guiado por el Señor,
y al país desconocido
miro sin ningún temor.

En aquel tiempo cantaba yo olor en vez de Señor. Caminaba por la playa otoñal de Scheveningen. *La resaca en la distancia era frágil y estival...* escribía Van Oudshoorn a principios de siglo. Junto con el himno arriba citado, este verso formaba en mi mente una mezcla prodigiosa de optimismo y melancolía.

Una tarde en la playa: (a) la blanca, polvosa lejanía (b) el pequeño sol. Las fosas cavadas por los niños están vacías y casi borradas por el viento. El fin del verano. Acaso el último verano. Por eso es que dije melancolía.

Y aunque acaso gozaba de aquella blancura en la distancia, mi mente estaba ocupada en algo bien diferente.

En la playa, avanzando sobre la arena dura, pensaba en el trabajo que esperaba, en lo que había hecho en mi vida y en lo que me faltaba por hacer (optimismo). Un hombre vino a mi encuentro; inclinado contra el viento caminaba con las manos en los bolsillos y oí lo que me dijo al pasar a mi lado: "Age of discontinuity."

Esto me hizo reír, con vuestro permiso. Porque, ¿es realmente una expresión sensata? En mi opinión es lo mismo que si uno dijera: aquí es más profunda la hendidura. Naturalmente. Un poco más allá en la hendidura, eso es lo que uno no ve.

Con flores en la cabeza, tan amarilla y solitaria como la playa, así vino luego a mi encuentro una muchacha, con las manos en las caderas como en las danzas populares. Una cinta le ceñía la frente.

"Post-industrial Era", dijo con una tesa inclinación de la cabeza, como si me saludara con esas palabras. Tenía los labios enrojecidos por el viento contra el que avanzaba. Esos labios no eran para mí, para eso ella me consideraba demasiado *industrial*, creo. Pero sí es curioso que ella y yo y el hombre de la Discontinuity viviéramos en el mismo día. *On the beach* se llamaba la película que no he visto nunca.

El hombre se ha desvanecido. No existe ya. La arena se ha puesto gris y muerta. Sopla el viento. Al pie de las dunas se forman fosas. Hay algo de rojo en el cielo. El sol se ha puesto, pero ya no oscurece.

¿Qué es ambiente?